

Antología del
GRAN BURUNDÚN BURUNDÁ
1976 - 1978

Luis Alvaro Mejía A.

Selección

Antología del
GRAN BURUNDÚN BURUNDÁ
1976 - 1978



(Sic)
Editorial Ltda.

Bucaramanga - 2002

PRIMERA EDICIÓN

(Sic) Editorial Ltda

Agosto de 2002

DIAGRAMACIÓN - IMPRESIÓN - ENCUADERNACIÓN

(Sic) Editorial Ltda

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Telf: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

E-mail: Siceditorial@hotmail.com

Página web: www.syc.com.co/sic

Bucaramanga - Colombia

ISBN: 958-8150-81-7

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor

Impreso en Colombia

La presente edición es patrocinada por
Gobernación de Santander
Gobernador
Dr. Jorge Gómez Villamizar

Contenido

Presentación

<i>Luis Álvaro Mejía Argüello</i>	11
---	----

CUENTOS

Una sonrisa visita la feria

<i>Jorge Valderrama Restrepo</i>	15
--	----

De los peonros y otras historias

<i>Carlos Eduardo Barriga</i>	18
-------------------------------------	----

El Superputas

<i>Leopoldo Berdella de la Espriella</i>	25
--	----

Historia al sureste del Jerónimo Polvero

<i>Joaquín Bretón</i>	27
-----------------------------	----

Una campana nueva para la fiesta del dulce nombre

<i>Fernando Cruz Kronfly</i>	38
------------------------------------	----

La carrera de Jr. López, alias el Vara

<i>José Roberto Cea</i>	48
-------------------------------	----

Biografía

<i>Miguel De Francisco y Forero</i>	56
---	----

Un cuento para el señor Doria

<i>Jordi Estrada</i>	59
----------------------------	----

La debilidad de tu decisión ¡fíjate!

<i>Jose Luis Garces Gonzalez</i>	66
--	----

La tierra tiene piel

<i>Hernan Gómez Ortíz</i>	70
---------------------------------	----

Era el ladrón

<i>Omar González Anaya</i>	76
----------------------------------	----

Enemigos	
<i>Julian Gustens</i>	78
Pollo no gana gallo	
<i>Carlos N. Hernández C.</i>	81
MR. M	
<i>Omar Herrera Ariza</i>	88
Ahora lo llaman doctor	
<i>Soad Louis De Farah</i>	91
Ha muerto	
<i>Ricardo Luna Cortes</i>	94
La noche de la negra torre diez y siete	
<i>Serafin Martínez</i>	97
El día del golpe	
<i>Luis Alvaro Mejía A.</i>	104
Yo le dije a mami	
<i>Roberto Montes Mathieu</i>	106
Se ha perdido un cuadernillo de papel	
<i>Reinaldo Mora Cedeño</i>	108
La normalidad	
<i>Campo Elias Narvaez</i>	114
El reloj de arena	
<i>Alvaro Navas Cadena</i>	118
Los quifios	
<i>Alvaro Navas Cadena</i>	120
La huelga de los maestros	
<i>Miguel Angel Pérez Ordoñez</i>	121
El niño que se lleno de ira	
<i>Celso Roman</i>	124
Concierto	
<i>Celso Roman</i>	125
Volvere a las seis	
<i>Rafael Saavedra H.</i>	127

Rafael Saavedraes profeta en Iorica	
<i>David Sánchez Juliao</i>	132
Un escritor	
<i>Camilo Serrano Diaz</i>	138
Milton Estéves	
<i>Wilfredo Sierra Moreno</i>	139
La obsesión de Dionisio	
<i>Gustavo Tatis Guerra</i>	145
Libertad	
<i>Consuelo Triviño Anzola</i>	149

POESÍA

El sueño de Eliana	
<i>Harold Alvarado Tenorio</i>	155
Exhortación	
<i>Carlos Arnulfo Arias</i>	157
Bajo las rejas del cielo el poeta pensaba	
<i>Carlos Bastidas Padilla</i>	159
El sexto mandamiento	
<i>Guillermo Bustamante F.</i>	162
Los pacificadores	
<i>Galel Cardenas</i>	164
Quinta súplica	
<i>David Cajahuaman Picoy</i>	167
¡Inercia!	
<i>David Cajahuaman Picoy</i>	168
Malgastada ceniza	
<i>Myrta Christiansen</i>	169
Juegos prohibidos	
<i>Myrta Christiansen</i>	171
La vida eterna de ho chi min	
<i>Alfredo Camelo</i>	172

Poemas	
José Manuel Crespo	179
La conquista espacial	
Lisandro Duque Naranjo	181
País de cóndores	
<i>Rafael Díaz Borbon</i>	184
Ejecución	
<i>Rafael Díaz Borbon</i>	185
Poema sin ojos	
<i>Luis Eduardo J.B.</i>	186
La cena del suicida	
<i>Raquel Jobrowsky</i>	188
Arenga del regreso	
<i>Helcias Martán Gongora</i>	190
Poema en Azul	
<i>Alberto José Pérez</i>	193
Tengo de la Memoria	
<i>Alberto José Pérez</i>	194
Instituto colombiano de Seguros Sociales	
<i>Fernando Rivera</i>	196
Invitación a quitar este dolor	
<i>Guillermo Tedio</i>	198
Quiero	
<i>Carlos L. Torres G.</i>	200
Vietnam	
<i>Luis Vidales</i>	201
Les invito a la conquista de este puerto	
<i>Luis Vidales</i>	202
Poema conjunto	
<i>Juan Cristóbal Villafañe</i>	204

Presentación

Luis Álvaro Mejía Argüello

Las circunstancias de la vida hacen que, recuerdos de hechos que parecían borrados por el tiempo, resurjan del olvido. El asombro nos contrae el alma, pues estos hechos perdidos en la memoria aparecen de nuevo, y comenzamos a reconstruir paso a paso caminos de nostalgia por los senderos del recuerdo.

Esa circunstancia nos remite a la prematura desaparición de Jorge Valderrama Restrepo. Compañero de tareas y caminos. Maestro de sueños. En la década del setenta se conforma con su apoyo el Grupo Literario Jorge Zalamea Borda y se edita la revista El Gran Burundún Burundá en homenaje a Zalamea. De 1.976 a 1979, se imprimen seis números, logrando mostrar a nivel nacional e internacional una dinámica cultural que se genera en la región. Fue un espacio abierto a la imaginación y la confrontación de ideas que nos hicieron crecer en medio de un país en donde las ideologías jugaban al combate y la vida romántica de la libertad rescataba a utopía.

De éstos números del Sueño de la Meduza primero y el Gran Burundún Burundá después, seleccionamos cuentistas y poetas que en la época fantaseaban con la magia de las palabras

y sentían realidades que tocaban la piel hasta estremecer el espíritu. Valderrama Restrepo jugó para todos un papel primordial en la asimilación de ése mundo misterioso y mágico que está en la literatura. Sus libros volaban por nuestras manos; sus cuentos e historias hacían parte de las conversaciones, en medio de la cotidianidad y al lado de un café o un vino. Su compromiso y su lucha en la construcción del proyecto de la Biblioteca Municipal Gabriel Turbay fueron ejemplo de persistencia y tesón. Valderrama Restrepo hace parte de la historia cultural de la región. El proyecto cultural fue para él un compromiso del alma, un encuentro para la construcción de la solidaridad, un camino hacia una sociedad tolerante y equitativa.

Esperamos que en este reconocimiento sincero y caluroso hacia Jorge, nos sirva para encontrar en el corazón la fuerza necesaria que permita recomponer ese compromiso que jugó un papel esencial en la construcción de unos sueños que se diluyen en la desesperanza a la hora del crepúsculo y renacen en los entresueños del alba. Hoy tenemos una sociedad llena de vacíos y rodeada por el consumismo que nos aturde e insita a meternos en ese laberinto de lo vacío, torpedeando los fundamentos de la vida y desolando los misterios y la belleza de la naturaleza . Nos queda, en éste aquí y en éste ahora, la opción vital de convocar a gritos la imaginación para no perder el asombro, ni hundimos en el pantano del olvido.

Bucaramanga, agosto 30 de 2002.

CUENTOS

Una sonrisa visita la feria

Jorge Valderrama Restrepo

De cómo una Sonrisa, viajera y ambulante - señas de su parecido con la risa -, subió una tarde al aire y allí, prendida de dos gotas de oxígeno, se quedó hasta el momento de bajar. Dícese de aquello que pudo haber sido y se fue. Característica peculiar: distensión permanente de los labios superiores e inferiores. Su colmo: reírse de sí misma. Sexo: masculino pálido. Color preferido: azul verboso. Jobi: el azul mate. Flor: azul vespertino. Al examen cropológico: azul aromatizado de azul. Piedra preciosa: las azuladas. Ojos: azul gatumo. Jabón preferido: azulín el delfín de los jabones sin fin. Manía rara: usa corbata grandes con una grandes pepotas azules. Autor admirado: Pelé, no por negro sino por azul. Debilidad comprobada: el Frente Azul, Cojetivo el Cielo.

El Presidente visitó ayer la Feria Internacional. En un arrebató de inspiración democrática se mezcló con la gente saludando con la mano izquierda, en alto, palmaditas al aire, dando y recibiendo abrazos y besos en todos los pabellones. Fue obsequiado con pisco peruano, cerveza checa, jerez español y champaña de Francia. Los visitantes de la Feria, a su paso, decían: «Es el Presidente». «Qué joven», exclamaban los hombres de Chaleco, corbatín y zapatos de charol. «Qué guapo», comentaban las mujeres, mientras que con sus abanicos de plumas amarillas se abanicaban el sol de la tarde. «Presidente,

venga a mi pabellón», le rogaban los gerentes. Y el Presidente, con esa gentileza propia de los Presidentes, aceptaba. Conocía de memoria la Urbanidad de Carreño y el Código Secreto del Caballero Perfecto. En sus días de universidad se había hecho famoso por poseer esas dos virtudes. Le recorrió todo. De principio a fin. Mejor dicho, de pe a pa. En algunos de los pabellones el Presidente fue obsequiado con una lámpara que no quiso aceptar directamente. El gerente le dijo: «Presidente, escoja la que Ud. quiera». Y él le contestó: «Gracias, ala, son todas tan lindas que me es difícil decirte cuál me gusta más». El Presidente, no obstante, se llevó una por conducto de la discreción de un secretario de tez pálida y barrosa. En otra parte el Presidente fue recibido por cerca de ciento cincuenta y siete damas que deseaban todas abrazarlo, besarlo, pellizcarlo un poquito, hacerse retratar con él, y andar a su lado. El Presidente impresionó, con su sonrisa, a todo el mundo. Una señorita que almorzaba con un perro caliente, murmuró: «En lugar del perro, me gustaría comeme más al Presidente». Lo anterior demuestra, a nuestro entender, la gran popularidad de que goza el Presidente. De pronto un agente secreto, de los doscientos ochenta y 3/4 de agente que lo acompañaban, se le acercó y le dijo: «Tres bombas molotov, un jeep incendiado, varios contusos, hace una hora». El Presidente, sonriendo, manifestó en voz alta: «En las democracias todos tienen derecho a la protesta. Este es un país libre». Los que escucharon su minidiscurso, quedaron encantados y lo aplaudieron vivamente. Y pensaban: «Entonces que sigan las bombas y los incendios. Que se desarrolle la democracia». Cuando llegó al pabellón de los Estados Unidos, el Presidente se puso firmes para escuchar el Himno Nacional de Colombia, y lloró. Pero cuando

escuchó, a continuación, el Himno Norteamericano, fue tan notorio su sentimiento de fraternidad con los paladines que, al caer de rodillas y apretarlas sobre el suelo patrio, una palidez extraña cubrió su rostro indicando que le llegaba un vértigo, cosa que él no dejó que le llegara, con el fin de poder seguir llorando. Dicen que fue el momento más emocionado de la tarde. Una señora gritaba, convulsivamente: «Qué Presidente tan divino». El Presidente asistió a varios desfiles de modas, a danzas folclóricas y a espectáculos de diversa variedad que habían sido programados con ocasión de su visita. El Presidente también contempló los grandes avances del país en materia industrial. Se quedó pasmado cuando un experto le comunicó que Colombia ya era capaz de producir tuercas de gran escala, y alambre, así como papel higiénico y palillos de madera para limpiar dientes o preparar sándwiches. Luego de un día tan intenso, el Presidente salió de la Feria, rumbo a Palacio, a descansar. Antes de retirarse mi gran colega Rodríguez, periodista intachable y de larga trayectoria y experiencia, le pregunto: «Presidente, díganos, ¿Cómo le pareció la Feria?». Y el Presidente, sonriendo, le dijo: «Por fin me he dado cuenta de los problemas del país, chao». Y se despidió, agitando de nuevo la misma mano con el mismo brazo, mientras todos reconocían que un Presidente, con esa sonrisa, era capaz de conquistar la reelección.

(Revista *El Gran Burundín Burundá* No. 2, pág. 54 y 55.)

De los peorros y otras historias

Carlos Eduardo Barriga

Es más fácil que San Antonio suelte el niño que detener el mar de furia incontenible de estos días. Porque aquí viene Justo como una hoja caída, casi muerta, con sus veinte años de conductos arrastrados por los vientos de los peorros que lo han tenido en la comisaría. Viene con su saco doblado por la rabia en el brazo.

Está cruzando el parque que dio morada a su niñez de domingo, donde cruzó su primera caída y pateó la primera pelota. Aquí se fabricaron sus rodillas de sangre y tierra y se fabricó un pulso certero boleándole a los soldados que paseaban con sus sirvientas, boleándole a los tustes rapados mientras devoraban los senos de las muchachas sobre las bancas de cemento. A veces Justo, se acostaba detrás de las bancas para mirarles las manos deslizándose con suave educación chilena sobre las piernas de leche derramadas por algún helado de cono impertinente. Y ellas todos los domingos puntualitas, esperándolos que bajarán del batallón para quitarles los granos de arroz viejo pegado a alguno de los bolsillos, o quitarles el picho de un ojo y hasta limpiarles la jeta. Todo así hasta que un día... hasta que un día un soldado con un trozo de boque en la mano y la masa de polvos rojos de una mujer en la otra, hizo un rápido movimiento de cintura en una de las bancas y un vacío con cara de glibo se fue mecendo por sus cinturas, y él

vió como iban desintegrándose en átomos volando sobre su nariz y salió despavorido, corriendo con los ojos colgando sobre sus ojeras moradas de hambre y hasta cruzó el parque de extremo a extremo porque al fin y al cabo quien no teme que le caiga un bulto de mierda encima. Pasado el temor volvió al parque a verlos desfilar con sus bolsitas de crispeta y sus cascos de P.M. y se carcajeaba al ver la P. y comenzaba de nuevo el juego y el boleo, escondido en las copas de los árboles... a gritarles la P... a gritarles: «Peorros»... «allá van los peorros»... «uuuuu-peorros».

Justo sonríe levemente al llegar a la calle, se voltea y mira el resbalador, los columpios, el machín-machón inertes y vacíos como una nube de polvo que los hacía ver lejanos. Mira los carros de crispetas abandonados, la cancha de fútbol con sus dos postes de piedra y ni siquiera una huella; y las bancas solitarias en la noche, vencidas, con el respaldar caído sobre los asentaderos y piensa que es culpa de los peorros y suelta una carcajada brutal que se le escucha como el grito desgarrado en el socavón de la comisaría.

Llega a la estación con las llaves del bus haciendo maromas entre sus dedos, me mira y me dice: que hubo Luis... y me va dando un puñetazo en el hombro y yo lo devuelvo con otro en el estómago y le oydiciendo que si lo reseñaron; coje la planilla de pasajeros y me dice que sí, que ya le tomaron la única foto que le faltaba: De perfil - pero se les va a bajar porque tengo perfil griego, no por lo bello sino por lo desordenado - me dice. Venos el cielo y la noche está hilando tinieblas, él saca un pañuelo y le sacude las lágrimas.

«Señores pasajeros con destino a Bogotá en la hora de las diez - subir a bordo».

Y comienza el jaleo en la estación. La prisa empieza a revolotear en los niños que son tirados por su mamá y la mamá tirada por su marido, las abuelitas empujando porque no las dejan pasar. Vamos tiqueteando maletas y paquetes y Justo diciendo aquí los siete de Agosto allá los de la estación y es cuando llega una señora y le dice a Justo que porqué no le lleve el perrito...

No señora, no se puede llevar animales...

pero señor, es que es un dálmata

peor aún. Esa es la raza del perro del presidente.

Se va la mujer maldiciendo y Justo se sube al bus y me grita nos vamos y prende el motor como quien toma la otra mitad de su cuerpo. Suelta las luces para iluminar la noche de recuerdos.

Le digo nos vamos y una multitud de palmas moviéndose como parabrisas van quedando atrás. La ciudad está dormida cuando comenzamos a cortar sus calle y semáforos. Luego vino la noche en su intensidad, cruces con flores marchitas a orillas de la carretera oscura y dos luces que van haciendo camino entre las luciérnagas. Recojo los pasajes y vuelvo y me siento al lado de Justo.

Subiendo el Pescadero me dice que son veinte años trepando estas montañas como veinte años lleva tonándose el purgante de aceite de todos los días oír:

"Señores pasajeros con destino, subir a bordo"

porque se acuerda el presidente que una vez nos dijo:

"Pasajeros de la revolución - subid a bordo" y él se bajó de primero.

Es muy cierto eso, Luis -. Nosotros creímos en él, le dimos el poder político, porque sólo tenía el poder económico

arrebatado a los alemanes por su padre y apenas le dimos el poder se bajó o mejor dicho nunca se subió.

Luis me escuchaba apretando los dientes como sintiendo la rabia del engaño que yo sentía. Con sus veinte años veía como mi mano removía los cambios que daban fuerza a nuestros cuerpos ascendiendo las montañas. De pronto me entierra la mirada y achicando los ojos en un leve movimiento de cabeza como quien va a esgrimir una brillante idea, me dice: "Todos llevamos una herida grande... más grande que tu herida en la *caja*"...

Esta herida Luis - le digo mientras él limpia el panorámico con una lanilla -. Es la herida de una noche en la que parecía una sombra moviéndose como un relámpago. En la escondida no moví ni una piedra porque son quince años subiendo y bajando la cuesta del barrio. Corrí a un arruñe de ladrillos petrificados en años para escudarme del retumbar bastardo de los cascos de los peorros ascendiendo en la noche de piedra. Y yo esperándolos con una mirada de sangre, en cunclillas, con las piernas apretadas de soberbia esperando la quijada y la nariz del teniente Vargas prestas a hurgarme los ojos para que no lo viera sacarse la daga y yo apretando los puños para tener fuerza y escupirle la muerte de su golpe frío. Pero siguen ascendiendo, cambiándole la cara a las piedras a puntapiés. Miro el borde del cerro de ladrillos y siento como si cien miradas desfiguradas de terror estuvieran hace mucho agachándose cuidadosamente, sigilosamente con la paciencia de un cirujano. Venían agrietándolo todo y la noche oscura ayudándome porque hasta la luna se escondió en una nube de ladrillos.

Justo cuidado con la señal -me advierte Luis- miro el ojo de velocidad: 50 kilómetros por hora. Los pasajeros duermen

con sus bocas abiertas como exhalando fuego, cabeceos laterales hacia adelante hacia atrás y los párpados como enterrados en una pesadilla.

Y sigo contando que un gato echado en las tejas negras observa intranquilo que los peorros se han detenido. Y es entonces cuando comienzo a sentirme ladrillo, recuerdo la primera vez que le dí un beso a Rufina. Ella cerraba los ojos porque le parecía un sueño. Pero también sabía que a la madrugada bajaríamos a disputarnos la vida con la muerte, a invadirle la erosión al municipio, a levantar las cuatro estacas y ella comenzaría con su falda arrangada a pisar el barro, a lanzarme las tejas una a una y poco a poco ir pegando la vida. De sin saberse como me vino Rufina con sus ojos de negro diciéndome que ya no habían ladrillos, y me desgajo en furia y reclamo a los talleres mis cajas de batería. Y llego con las cajas y Rufina como si no me hubiera visto en treinta años, se me abalanza y con sus labios me besa la sed y la furia. Qué más ladrillos que las cajas de batería pegadas con el barro pisado de Rufina... quien derrumba este monumento de la vida, quien dice que aquí no vive un transportador, quien lo derrumba: ni el puntapié erosionado de un perro.

El bus hace su entrada al cañón del Chicamocha, el cañón de la ira atravesado en los profundos por un río de sangre que se dilata sobre las arenas humedecidas por una frente de peñascos. Los pasajeros se deshacen de su respiración profunda, comienzan a desenterrarse los párpados, a cerrarse las bocas, a suspenderse los cabeceos y yo continúo:

Ahí están los peorros sulfurando la herida. Se han detenido a esperar el primer movimiento. La noche se hace larga... se estira duramente como un arrancamuelas. Pero entre un

silencio provocador se escucha el lamento inmarcesible de mis tripas que salen a su combate diario... se enciende la luz negra de una linterna, se encienden las luces ocultas de las casas, se escucha un rumor de cilindros y "ahí está teniente" que "muestre a ver" y se asma Vargas con su nariz y su quijada como quien va a cosrevar un ratón en una cajita. Y viene un golpe frío y la luna empieza a salir de su nube de ladrillos para que no se oculte nada y voces iracundas, desgastadas, envenenadas comienzan a salir de los fogones de las cocinas. Me llevan a trasquinazos y yo diciendo que a los peorros hay que ayudarlos para que tiren la lengua más rápido. Pero que carajo... fueron seis horas taponando las calles de seguido. A las seis de la mañana bajamos a taponar por primera vez con piedras, palos, vidrios y los cilindros de gas paraditos en lamitad de la vía, relucientes, amenazadores, parecía que tuvieran vida. Y que aquí no pasa nadie, que nadie se atreva y una gran fila de carros, buses y camiones dándole la vía a los cilindros. Y se vienen los peorros por el desecho y nosotros a refugiarnos y el barrio vecino vuélvale con el tapón y se les van los peorros y volvemos nosotros de nuevo y vuelven los peorros y nos encendemos a piedra que ya comenzaba a devorar a los intrusos y fue para entonces que tuvimos que refugiarnos porque empezaron a encardelillarnos con los fusiles y militarizaron el barrio con el retumbar bastardo de los cascos ascendiendo en la noche la piedra.

Entonces los pasajeros se levantaron de sus sillas y de sus sueños, se paró Luis y me paré yo, y el bus seguía solito, forcejeando las curvas, esquivando los abismos, como una sola luz en la noche, como si cada uno de nosotros esde su silla le estuviera dando la dirección y nuestros puños empezaron a

rendir honores con su fuerza al gran cañón del Chicamocha,
al cañón de la ira atravesado en lo profundo por un río de
sangre que se dilata sobre las arenas humedecidas por una frente
de peñascos.

(Revista *El Gran Burundín Burundá* No. 4, págs. 35 a 38)

El Superputas

Leopoldo Berdeña de la Espriella

Desde el mismo momento en que comenzaron a ser publicados sus cuentos, Austreberto se convirtió en un hombre diferente. Su gesto alegre y popular, su carcajada como lluvia de piedras y su pretendido amor por las cosas sencillas pasaron a ser, detrás de unas gafas claritas resaltadas por su espeso bigote garcimarquiano, displicencia y desprecio por los demás, autosuficiencia y culto por sí y para sí mismo, y puntas de lanza en contra de los jóvenes aspirantes a escritores. "Perdonen que sea yo mismo quien se los diga -solía afirmar ante sus amigos- pero el mejor escritor que tiene actualmente este país soy yo. Los demás valen mierda".

Empezó frecuentando programas de radio y televisión, cafecientos y cocteles. Luego, regaló sus libros con fotos autografiadas a cuanto periodista se atravesara por su camino. Más tarde grabó propagandas, discos y cassettes, y cedió algunas de sus innumerables asesorías en organismos descentralizados a sus amigos de los suplementos literarios que lo alababan hasta el cansancio. Telefonó hasta el calambre a jurados de concursos para ganarlos y festejarlos con veinte días de anticipación al fallo de los mismos. Fue condecorado. Lado y ensalzado. Y al tercer día sus amigos vieron aparecer aquella figura familiar de sapo gordo en cuñas televisadas, almanaques y llaveros, confundida con champús anticaspa, insectividas metatodo,

toallas higiénicas Serena y la gallinita Krorr.

En menos de dos años, Austreberto se erigió como figura de alto relieve a nivel nacional. No hubo órgano de publicidad —oficial o privado—, por muy provinciano que fuera, en donde no se mencionara su nombre y se resaltara su foto con leyendas alusivas a su carácter de "escritor paradigmático, heredero de las mejores plumas hispanoamericanas". Y no hubo caja de jabón, picante de cocina, remedio antigripal y pomada para el cabello, que no llevaran su nombre o el de sus libros.

Muy pronto, por exceso, la gente empezó a cansarse del pobre Austrebertop. Y a pesar de sus esfuerzos y los de sus amigos "aún duques y señoras de muy buena posición—, se fue quedando irremediablemente solo, hasta el punto de que aún sus otrora admiradores se reían ahora de sus desplantes publicitarios, y ponían sus ojos en otras figuras que lo desbordaban en gestos e imaginación.

Hoy día, sus amigos más fieles, ya ancianos, recuerdan las irmejorables propagandas y los gestos mecanizados de Austreberto, y se preguntaban dónde estará, qué hará y cuándo volverá —grabadora bajo el brazo— a grabar los cuentos del Chino Martínez y Salvador Olea en los velorios al otro lado del río, y a poner las cosas buenas que Compae Goyo dice en su programa de todas las tardes sobre costumbres campesinas por la emisora, que aunque ya se las saben casi todas, les gusta que él se las repita para ellos reirse con ganas saboreando una buena taza de café.

Porque hace rato, mucho rato que no viene, y por acá ya todos también empiezan a olvidarlo.

((Revista *El Gran Burundín Burundá* No. 4, pág. 55)

Historia al sureste del Jerónimo Polvero

Joaquín Bretón

Cuando a Jerónimo Polvero le dió por pensar que hoy podría ser el día, el no muy acelerado esfuerzo para trepar a la cima pelada de esa ocurrencia se le amontonó en la frente, despacio, tal como se reúnen los vientos para animar una ventisca o los desposeídos una asonada, encogiéndola más, arrugando sus pliegues hasta el punto en que cualquier aprendiz de frutería juraría hallarla semejante a la uva más pasa que jamás le dieran a clasificar en sus exámenes. Se le ocurrió de pronto, tan inesperadamente como un corto circuito que dejase sin electricidad los hogares de media ciudad desprevénida, para pavor de los chiquillos asráticos y tímidos y para solaz de los cacos de sigiloso paso y manos como pulpos. Hoy, tercer martes de Enero de un año bisiesto, con eclipse de luna y maremoto en el Japón, que desgajaría aguaceros, propiciaría desbordamientos y presentaría cosechas pasadas y vueltas a pasar por agua, hoy, con sol a retazos, como presagiando lluvias para las hortalizas y para los salmones de dulce lomo que remontan la corriente a saltos en busca de la sal marina, tan saludable ella para el endurecimiento de las escamas y el funcionamiento de las agallas como los colagogos para los comedores de conchero, poca indisciplina en el viento, abulia y pesadez estomacal. Polvero camina a la deriva, tal un

cachalote que amamanta su cría primogénita al plácido sol polar de Groenlandia (sol asustadizo y no bastante útil al esquimal que bien trepado sobre su trineo con incrustaciones de abedul, viaja trocando piel de foca y marfil de narval por implementos semiautomatizados para ejercer con más ventaja la cacería y por prohibidos botellones de whisky de Alabama) y ése golpear de la suela de sus zapatos para practicar el deporte contra el pavimento que en otros mediodías ha sido entibiado y reblandecido (hasta semejar seno de mujer anciana) por soles de desierto, le hace recordar el sorbo y minucioso son de un reloj suizo y contramarcado que corre, atropellando con sus manecillas la humanidad de las horas, antes de señalar el momento de acudir al odontólogo que, generalmente posee fresas de todos los diámetros y sonrisas para todos los pacientes menos para Jerónimo Polvero, que nunca va al dentista, así se llegue el día –otro– en que haya de tomarse vegetariano, muy a su pesar y no por privada decisión, orden materna ni necesidad digestiva, sino por simple y llana incapacidad dental, tanto es el tembloroso y desordenado pánico que el blanco olor a aseo que se pasea por los gabinetes dentales le causa.

Jerónimo Polvero, introvertido, virgen, de espesa ceja y tic nervioso en las orejas, atraviesa calles con el mismo sopor que una francesa cuarentona pasa las cuentas del rosario, perdida en la sacrosanta oscuridad ovoide de una capilla bizantina, algunas irreconciliables, las calles, otras con memorias de peras, frenadas de bus viejo, todas trotadas y defecadas por percheros desdentados, con mataduras en los lomos y moscardones nacidos en el culo, calles que están ahí, inocentes, subastadas sus cercanías al mejor postor, y Polvero ahí más inocente que ellas, pero con muchos menos dígitos en la

columna del haber que los que pueda contener la del más regateador de los postores.

Polvero ahito de desesperanzas y de fallidas intenciones, entra al parque de Bolívar, según muy bien explican las guías turísticas y bilingües, como todo aquel que se respete y sienta cosmopolita, así nadie le crea, que inundan la ciudad en los iluminados Diciembres (algunas mañanas, en las que florece el hastío, claras, de escasa turbulencia en las alturas del ozono, cuando los legisladores que llevan la batuta del negocio han comprendido que sobran guías o faltan visitantes de otras lenguas, es posible ver, a 1.000 pies, pedante y desafiante, si uno está vacante o le fascinan los biplanos, una avioneta de enseñanza -casi siempre en PA.18, de encerada tela sus alas, alerones y timones- esparciéndolas al azaroso vaivén del aire, para algarabía de los chicos, que con su cantaleta no permiten reposar el grasiento engorde soñoliento de los prohombres, esos cívicos especímenes de baciniilla inglesa tras el bimbo y paladar acostumbreado al Ginger Ale en las comidas) Jerónimo entra al parque, cuento, calendarios atrás, más amplio, sombreado, así como también venteado, iluminado, florecido y, a su parecer mucho más verde que las pistas de grama de tres hipódromos superpuestos, al parque que le permitió a Polvero tensar su musculatura de bebé que crecía bajo la severa mirada totalitaria y zarca de una niñera virgen, regordeta y tenaz, adicta a sorber helados de mango y leche en polvo, pausada y de clara dicción en sus reconveniones de suplantadora de madres y mentirosa en sus quejas de mujer no taladrada. Con sus irritados ojos de marihuano joven, Jerónimo, abierto su pecho inherbe a los silbidos de la tarde, ve los escaños, moteados ahora de popó de pájaro y deposición

de cucaracha, aquí se sentó, sobre aquel manojito mustio de siemprevivas orinó una meada larga, lenta y profunda, trepado sobre el romo filo de la espada del Libertador gritó su súbita soledad verpertina -no tan recio y ronco como gritó Bolívar la rancia independencia de estas tierras-; detrás de ese pino (seco ahora, débil, roñoso, cuadrículada su corteza y degustada su savia por los inacabables rotar y chupar de hormigas trabajadoras en manadas y destinado sin apelación a perecer a base de inculaciones mezcla de agua y petróleo del golfo de Maracaibo, en aras del aso, pues sus hojas al caer. . . . Polvero sabe) botaba el banano de exportación que sus padres por mediasnueves le daban cuando él y sus tripitas -que dos cartabones bastaban para dimensionar enteras- lo que anhelaban era un bocadillo bicolor y queso de tierra alta (posiblemente el labriego con encallecidas manos y muñecas de boxeador pero completo que ordeñaba la vaca pinta y mansa, de cuya leche con hondo sabor a nube se sacaba el queso que Jerónimo añora, maldeciría al tener que hacerlo -preñada su mujer, su hijo con paperas- bajo el abrazo frío de una madrugada que haría más tibia el horadar una vagina). El parque de Bolívar, en un área de 6.408 metros cuadrados, tenía plantados ocho bambúes, tres trepadoras traídas de Manila, nueve mangos ancianos, dos docenas de escaños y seis caminos de piedra de río profundo que lo cruzaban hasta converger en el centro exacto, donde, en bronce de mala calidad se erguía la estatua del venezolano en traje de fatiga, la mirada un tanto ajena, el puño infatigable y las patillas menos protuberantes que cuando jugaba a la pelota vasca con don Fernando Séptimo, en un reservado salón impregnado de sándalo y tabaco americano.

—El parque se ha perdido— le opina Jerónimo a un desprevenido paseante de monóculo alemán (en realidad es un coronel de la división Das Reich, huído de Italia en el maremagnun de la rendición anzi que atravesó el Atlántico apretujado con cuatro subalternos en la bodega seminundada de un carguero griego cuyo capitán no se resbalaba en indecisiones a la hora del dinero que le responde con la callada y tarada mirada de un buey halando arado, semejante a la que es posible hallar en la reproducción de yeso del Santo Niño de Atocha, cuando en su onomástico que varía según la geografía de la región y la teología del párroco, lo llevan a pasear, bajo el humo de los voladores, entre gemidos de flauta criolla rindiéndole honores lo menos, demandándole favores el resto, todos una turba en alpargatas, más curiosa y alcohólica que creyente y ferviente, contradiciendo en todo sentido las normas del correcto presenciar las procesiones.

Con la sevicia de banderillero (1) que después de colocar un par en el morillo regresa con otro en las pálidas manos, que ya le tiemblan y le sudan, para más castigo, Jerónimo le dice de nuevo al coronel en retiro obligadísimo:

(1) A mi parecer no hay sevicia en el segundo par de banderillas: el autor se equivoca, llevado a rastras por el afán de su pluma; por el contrario: espanto en el banderillero, así le paguen por ello en dólares, fuera de que es costumbre, castigada por Usía si violada, y, considerando la divina integridad del diestro, medida preventiva y justa contra la envidia castiza de la bestia, que de no ser así castigada miraría con menos miopía el muslo o el abdomen del torero, abandonando la atención hacia el trapo rojo con que se tejen las chicuelinas y los pases de alifío y se tratan de esconder las espantadas hacia el burladero, ese sossegado lugar de la plaza a

donde el diestro, agitadoísimo, acude en busca de socorro para su humanidad vestida de luces, vino del Tajo para su sed de divo y otra muleta para arrancar de la muchedumbre olés, palabra intraducible al inglés, así como intraducible para nosotros el aló de los teléfonos.

-»Y usted con él».

Polvero, expectorando grueso, el aire su pecho tras la camisa azul abierta, abandona el parque sin esperar respuesta alguna, que no la menesta y está en la calle de los Bancos, las Corporaciones Anónimas para promover el ahorro nacional y la Bolsa de Valores, también la Alcaldía, las Notarías, las Sociedades Encomanditas más prósperas, las Peluquerías y el Parque de las Retretas Sabatinas, solo que más abajo y una cadena de consultorios médicos, decorados por expertos, bien construídas sus instalaciones, mejor cobradas las consultas y con abundante (como la luz de las mañanas del otoño) literatura médica inglesa en sus antecámaras, solo que más arriba cerca ya del Cementerio de los Masones, cuyos cipreses dan más sombra y meno mugre que los pinos condenados del Parque de Bolívar. Esa larga y corrompida calle que tanto le atrae, como el fuego al gas butano, tan misteriosa ella, como la medianoche en el cielo de las vacas, tan vital, como si bajo su capa asfáltica corriese atropellada por la urgencia del orgasmo la irrigación del sistema nervioso de una mujer espléndida alargándose en su acople, perdida la orientación, no así el ritmo. La calle de los Bancos larga siempre y otra vez, con transacciones billonarias, pagarés verdugos, alzas desmesuradas, desfalcos canucados, cheques sin fondo, préstamos fantasmas, falsificaciones de billetes, créditos vencidísimos y avisos de gas neón -no del todo puro, contiene también partículas de xenón y argón y otros gases

raros que frecuentan la última columna de la tabla periódica de los elementos químicos, en la que nadie ha podido hallar jamás el símbolo del Califonio, isótopo radioactivo del Pentágon para iluminar el sereno trabajo de los serenos serenos que escuchan con la diligencia de su soledad armada la ronquera de Daniel Santos, el falsete del Mariachi de Aguascalientes, el africano mapalé caribe, el tango de los comudos, revólver 38 largo, serie C, aceitadísima ánima, catorce cápsulas de las que no encasquillan y linterna, así como el estado del tiempo en las serranías, el ruido de los vientos en los aeródromos y dedicatorias para mujeres solitarias de pubis incólume, en los 1.500 kilociclos de su emisora nacional, que de día y sin que le tiemblen las antenas trenza comunicados oficiales acerca del pronto deceso de la rebelión, promesas parlamentarias, peroratas electoreras y demás sandeces de laya igual, que tanto agrían la bilis de los industriales, que pagan su publicidad cumplidamente, comercialmente convencidos de que ello les basta y sobra para esperar oír con más frecuencia sus propias peroratas publicitarias.

Jerónimo, con los resueltos ojos de un corsario trepado en el juanete de proa se mira las manos, manos amarillas, picadas por la anemia, sin cicatrices, que le dan de comer, hígado de ternero no destetado, huevos de tortuga de agua dulce, por las mañanas toronja, en la sed agua, expectorante en la tos, en las irritaciones de la piel, uñas. Sus manos, gajos de sicomoro, guantes de cirujano, con enes de letra palmer mal escritas en las palmas, largas como la larga calle de los Bancos, no versadas en las fintas del trabajo, el tacto de la herramienta, el volumen de la obligación. Polvero, con una següeta de joyería y una lupa de numismática, herencia paterna, en los bolsillos,

permanece alerta, como vigía de cazasubmarinos en aguas niponas, a la espera de un periscopio, una mancha de aceite o una ola que contradiga su enseñanza. Deposita sus manos en los bolsillos y palpa el gastado papel de los billetes cuyos héroes miran siempre con la abúlica pupila del cadáver, pensando desde ya en cómo gastarlos, hoy, último día, y concluyendo en que nada hay mejor sobre la tierra que el cine para ello. Por qué no? se pregunta ya decidido hasta los tuétanos, a la par que pone proa al cine más cercano: el MonteVerde, fundado en 1952 con una función de gala y traje largo y pedrerías, que incluía también el hisopo del obispo, la medallería del comandante de la guarnición de artillería, la papada del alcalde, las juveniles voces de los coros municipales y entradas gratis para el obispo, el comandante, la papada, el alcalde, la guarnición en uniforme de desfile, los componentes de los coros y los colados, que tan indispensables son en todo espectáculo que amontone muchedumbres en recintos con porteros a la entrada. Allá se va Polvero, con la progresiva aceleración del gavilán que ha reconocido, perdida en la floresta, la presa que le desvela desde que aprendió a volar, ese maravilloso ejercicio de plumas y tendones.

Refieren los que saben que el Teatro MonteVerde está situado en una esquina acalorada, que se puede denominar tranquila, así de tarde en tarde se presenten riñas de normal ocurrencia en el agitado transcurrir urbano, teniendo por vecinos una botica de dos pisos, con estanterías de roble centenario, teléfono público, mal atendida en noches de lluvia y niebla y en madrugadas frías y de rocío espeso pero con un vademécum surtidísimo; un asilo para mayores de 50, con monjas españolas en los prados plagados de turpiales,

postulantes criollas en la cocina y despensa y madres superiores, rozagantes, regordetas, en la sindicatura, pluma fuente en mano y rosario al cuello y, en la esquina diagonal, una casona de amplios corredores por donde el viento trota desnudo estrellándose contra los portones y dividiéndose para atravesar las mallas contra los zancudos, habitada por dos mellizas de larga cabellera cana que escasean a las atenciones y cuidados del asilo por carecer de descendencia que, de tenerla, otra comida servida en otros platos probaran. A la entrada del teatro, bajo marquesina de fantasía y arabescos de papel metálico, han colocado en un desorden comparable al de las bibliotecas públicas, enormes cartolones de cartón madera con fotografías de las más luminosas y excéntricas estrellas del séptimo arte, rodeadas todas ellas por un coro de vendedores de paleta aguada, algodón de azúcar y gotas ópticas para endulzar la pupila irritada por la truculencia del Color Pathé.

Polvero, con dificultades en la respiración y melancolía de proboscidio de Zoológico, notando breves tirones ácidos en su estómago; se acerca a la taquilla, pide un boleto, lo paga y entra: primero un corredor semioscuro, tan desanimador como un autogol en el estadio o una salamandra entre la sopa, con cactus y escupideras de latón cada dos metros; un baño masculino al fondo, con vehementes emanaciones amoniacales y sudor de macho y una dulcería con pancartas de chicle Adams a la derecha. Sigue: ahora una amplia sala, aún conservando el calor de los traseros de los espectadores de la tanda anterior, toda llena de cortinas de cretona y un par de extinguidores con las órdenes de manejo en polaco; en la pantalla, salpicada por las gracias del murci leago, una diapositiva del Sagrado Corazón, que de mirarla fijo causa sed, tanto es el calor pío

que de su llama bendita mana, para perplejidad de los ateos y complacencia de los abates; y, en los oídos de todos los presentes una música babosa, en sordina, pésimamente pentagramada, bajo la cual Polvero que cree oler a moho de sepulcro jura ver hongos en su cuerpo, distingue el acordeón, el guitarrón, la flauta y el murmullo de un cubano que canta un bolero para danzar con mujer ajena y que con gran esfuerzo se sobrepone al batir de un tambor en malas manos y a la estática de un micrófono ensamblado por la Mitsubishi. Se sienta, su corazón trepidando según el ritmo prehistórico con que los iguanodontes marchaban en busca de alimento, una silla, dura en el espaldar y acolchada en la asentadera, forrada en cuero rojo viejo y relleno con paja seca y pequeños grumos de algodón de tercera. El más cercano espectador en un folletín se entera de la trama de West Side Story, «en un espectáculo cinematográfico de simpatía y belleza, servido con una muy espléndida coreografía y unos admirables números musicales, la más ambiciosa obra que ha producido el cine musical».

Lentamente, como desnudando una virgen, se apagan las luces, dando a la sala la apariencia mortuoria de un fosa húmeda y mohosa. La artificial oscuridad completamente opuesta a carencia de luz de las salas de máquinas de los primeros buques a vapor, arredenta a Polvero, pálido ahora, tembloroso, inquieto, despegado de este mundo. No comprende muy bien la cháchara de la Wood, tironeando por recuerdos que le dificultan su escalonado transcurrir indoloro de esta vida mortal a lo que hay después de la vejez: el macilento permanecer en el lustroso papel de las fotografías.

Cuando se encienden las luces del intermedio, Polvero se siente hecho de algas y polvo selenita, aéreo, vacío, impávido ante la escarabla que a gritos hace la acomodadora justo a su

lab. Oye que ella impreca a un espectador, lo agita, lo rebulle, al borde de la histeria. Apenas alcanza a ver que un hilo de sangre emerge de las pálidas orejas, humedeciendo los lóbulos del espectador. Se levanta y al alejarse hacia la salida observa, ya muy distante que el cadáver aprieta entre sus manos amarillas, largas como la larga calle de los Bancos, una següeta de joyería y una lupa de numismática. Entonces se sienta y se deja llevar en andas, rodeado de la consternación ajena.

(Revista *El sueño de la Medusa* pág. 49 a 55)

Una campana nueva para la fiesta del dulce nombre

Fernando Cruz Kranfily

Seguramente ya habían alcanzado a pasar por debajo del puente las primeras ramazones que traía el río el día del diluvio y del buen llover predestinados, en el momento en que el viejo Alejandrino, quien era un hombre de adivinanzas y de averiguaciones por gracia y por obsequio de los sueños, madrugó presuroso llamando a la gente de su casa a los chuzones de dedo y a los levántense de su voz, porque había comenzado a llover desde temprano, a eso de las primeras horas después de la media noche, y el soñar había sido que por San Jerónimo de los vientos era el diluvio desde la tarde anterior, cosa de llover, sin dolor, por horas enteras. Así que el viejo corría visitando, uno por uno, los aposentos de su casa, para despertar a la persona familiar que hubiese adentro de cada bulto de cobijas; que aquí estaba su hija, Flor del Carmen Cañaverall, hablando dormida y arrojando sus quince años calientes con una cobija temblorosa; que allí estaba su hijo Rencancio Cañaverall, arrinconando sus cinco años dentro de una caja de madera; que por acá estaba desocupada la pieza donde en un tiempo durmió Eleuterio, el hijo mayor, cuando aún era uno de los bultos de la casa en las horas del sueño, y que allí no más roncaba Consola, su mujer. Así que iba de

dormido en dormido, pues tenía que avisarles a ellos el diluvio que había visto caer con sus propios ojos sobre los techos de las casas de San Jerónimo de los Vientos, donde las goteras astillaban las tejas para ir a caer a los rincones de las alcobas, o debajo de los armarios que habían en las esquinas de las piezas, o debajo de las camas, porque allí habían ido a parar después de atravesar los techos, o de haber caído en la mitad del patio y haberse metido por debajo de las puertas, para ir a derretirse luego y quedar convertidas en charquitas de agua, como si fueran pedazos de hielo que le hubieran tirado al pueblo para que se derretieran sobre las ruinas de los techos, de los solares y hasta de los dormitorios. Por eso el viejo Alejandrino contó, al despertarse, que él había visto los tejados de las casas ubicadas hacia la parte alta, lo mismo que las ventanas por donde entraba la luz y el viento del oriente, como si hubieran estado en medio de la guerra: rotos por los disparos de las escopetas que trajo el diluvio. Así que cuando el viejo se sentó en la cama y se quedó quieto, como recogiendo con los ojos la realidad de la distancia que lo separaba del pueblo cuya destrucción había visto en los sueños, seguramente ya el río había comenzado a pasar trayendo la leña del desastre, por debajo del puente cercano a su casa, pues era que el Alejandrino parecía tener una sentadura vieja, a pesar de que acababa de incorporarse, porque las cosas que ahora soñaba le habían sido anunciadas con buena anticipación.

«...Ví que una vieja venía en dirección a la plaza del pueblo por la calle mayor que baja desde el oriente, donde comienzan las primeras casas, y que va a terminar a la punta occidental, y ví también y lo pude escuchar, que venía cargada con unos tarros de lata, o cosa parecida. Traía un loro sentado sobre el

hombro derecho y a cada puerta por donde pasaba iba llamando con el nombre propio de la persona del lugar, sin detenerse. A cada paso que daba se le desprendía un tarro, pero el loro que llevaba consigo volaba y lo recogía en el aire, antes que cayera al suelo. Me ocurre ahora como si la estuviera viendo: la vieja venía cantando, con música, los nombres de las personas por donde pasaba, pero en el pueblo no había nadie, sino sólo yo, sentado sobre una maleta de cuero en medio de la polvorienta calle mayor. No podría explicar dónde diablos se había metido el resto de la gente. Era como si se hubieran muerto y la vieja viniera a llamarlos para que el silencio de los nombres no respondidos se convirtiera en un inmenso escamamiento, pues no se detenía a las puertas a esperar que le abrieran, sino que parecía que ya supiera que no estaban. Entonces llegó a la esquina norte de la plaza, a una cuadra exacta de donde yo estaba, y se detuvo. Un viento profundo comenzó a soplar. Las hojas de los árboles de la plaza y de las colinas vecinas se desprendían y se llenaban de plumas para irse volando como si hubiera llegado la hora de dormir, pues se volvían de esos pájaros migratorios que emprenden el vuelo no más se entra la tarde. Era tan fuerte el viento, que el loro que la vieja traía sobre el hombro se caía al suelo y se venía dodando hacia el occidente, como si fuera un verde animal de piale, hasta que podía levantar el vuelo para regresar a sentarse sobre el hombro de la vieja. Después el viento dejó de correr sorpresivamente, y se enrolló alrededor de la mujer mientras el polvo comenzaba a formar una escalera circular por donde ella pudo subir, después, al campanario de la iglesia, desde donde dijo, a los gritos: Alejandro Cañaverel, toma tu maleta y lárgate, pues un día vendrán las lluvias a posarse sobre las

culpas de este pueblo, hasta que los árboles queden sumergidos. Entonces tú habrás de estar lejos, pero podrás escuchar el sonido del agua sobre los caballetes de los techos. Para ese día habrás de entender que te has ido a vivir a un pueblo lejano por donde atraviesa el mismo río que naciendo en la cordillera pasa también por aquí por San Jerónimo de los Vientos. Por eso, pues, sólo la madera que el diluvio le logre arrancar a este pueblo, al ser quemada y convertida en ceniza podrá traer de nuevo la paz. Únicamente entonces podrás entender cómo las culpas se tienen que ir a arrinconar al rescoldo en donde roncán las tinieblas de las cenizas». Cuando la vieja terminó de hablar, descendió al suelo por las mismas escaleras de polvo por donde había subido, y se largó luego por la misma calle mayor por donde había venido, cantando con su loro canciones en dño. Después, cuando se perdió definitivamente en la lejanía delante de la tierra que levantaban sus pies, el tren que venía botando humo por el camino se detuvo en la estación. Entonces yo tomé mi maleta y me subí al último coche, pues había comprado tiquete de primera. Fué la última vez que estuve en San Jerónimo de los Vientos, antes de la gran ruina».

-El agua ha comenzado a mojar las últimas hojas de los árboles; son muchos los muertos que hay enredados en las ramas.

Así dijo Alejandrino metiendo la parte negra de sus ojos por debajo de los párpados superiores, mientras permanecía sentado en su cama.

-Que Dios los admita en su gloria, aunque tengan que llegar a secar su ropa húmeda en los alambres del cielo, delante de Dios, -murmuró por su parte la vieja Consola, a poco después, mientras ponía sobre el fuego un recipiente con agua, y en

tanto que pensaba en el diluvio que había inundado a San Jerónimo de los Vientos, pues hasta una oración alcanzó a decir por los ahogados cuando vaciaba el café sobre una bolsa de tela que colgaba sobre una vasija de barro.

Pero los lugares inundados quedaban más allá de los mejores ojos, tirados en una depresión de la cordillera, como si el pueblo firmado San Jerónimo de los Vientos hubiera sido dispuesto en el fondo de una mano de tierra escocada que se viniera llenado de pronto con el agua de las lluvias, y que se hubiera derramado por las orillas, hacia los ríos, a varios días de distancia de la cama del viejo Alejandrino Cañaverall. Sólo que él había sabido lo del diluvio, por aviso de los sueños, porque cuando el viejo Alejandrino despertó encontró chorreando aguaceros los techos de su propia casa, pues venían siendo los mismos huracanes que había visto zarandear los árboles y perforar los techos de las casas de San Jerónimo, mientras dormía, y en tanto que sudaba chorros por el dolor que le causaba la ruina del pueblo donde nació, ya que la lluvia que caía para frescura del mundo no podía terminar con el dolor interior de sus culpas propias. Entonces se sentó sobre la cama, aún dormido, y cuando abrió los ojos pudo decir tranquilamente, como si supiera de tiempo atrás lo que estaba sucediendo:

→Ya viene la leña, la siento crujir, sí, ya viene sonando», de tal manera que casi se pudo escuchar cuando la leña llamaba a la puerta de su alcoba, con voz de vieja, en medio de la oscuridad y bajo la lluvia que se traía las hierbas desde los caballotes de los techos, lo mismo que del encielado de los árboles del lugar. Era la adivinanza de los acaeceres que sucedían más allá de los ojos perdidos. Cosas que le quedaron al viejo Alejandrino desde el día en que, siendo sacristán en la

Iglesia de San Jerónimo de los Vientos, a la campana mayor se le desprendió la bola de hierro que agitaba con el badajo antes de la ceremonia, y le vino a caer como una fruta dañina en la mitad de la cabeza. Eso fué en el campanario de su pueblo San Jerónimo, que después llamaron de los Vientos; su pueblo donde nació un día veintinueve de febrero, en un tiempo de esos que sólo vienen cada cuatro años. Por eso podía soñar adivinanzas de cosas lejanas, pues porque era bisiesto.

Así fué entonces que a poco después la vieja Consola pensaba, sentada en la cocina, quiénes serían los muertos, mientras ablandaba el calor del café con una pequeña tregua del pocillo entre sus manos. Pensaba en Licenia, la dueña del «Hotel Familiar» que había en la esquina sur de la plaza y a quien conoció personalmente un día que Alejandrino la llevó a pasar a San Jerónimo de los Vientos, estando recién casados de matrimonio fresco, pues Licenia era una señora que había sabido madurar su existencia debajo de una bata que le daba más allá de las rodillas, que tenía unas mejillas redondas y rosadas a pesar de los calores que producía el encierro del pueblo entre las montañas, y que tenía además una manera de hablar como si estuviera cantando. Por eso la recordaba y la imaginaba flotando en la mitad de la plaza y por encima de los árboles con la bata esponjada, y casi que lloraba, pues había llegado a querer a San Jerónimo de los Vientos en el recuerdo de Licenia, porque con ella había conversado sobre los secretos del amor durante los días que estuvo allí, cuando Alejandrino se metía a las tiendas y se quedaba derramado sobre el asiento como con una sentadura de siglos, corentando con sus amigos. Y pensaba también en el alcaide, a quien todo el mundo le arrimaba el rencor, pues se levantaba al medio día y salía a la calle con saco

y chaleco, dormido aún, y se sentaba en el escaño que había debajo del tamarindo a peserar a que comenzara a sonar las cucharas en el restaurante del hotel de Licensia, y se lo imaginaba enredado en la torre de la iglesia, ensartado en la punta de la cruz, cuando las aguas bajarán y destaparán la ruina. Y mientras esto imaginaba de pensamiento la vieja Consola, Flor del Carmen Cañaverál, su hija, barría adormilada el piso de tierra duro y seco de las habitaciones, recostando su sueño al palo de la escoba que iba y venía sin llevar ni traer basura, mientras su hermano Roncancio lloraba sentado en una bacinilla azul a flores, porque tenía que llorar el miedo y el terror de los muertos, en tanto que debía sostener una vela encendida clavada entre sus dos manos, hasta que las goteras de esperma comenzaran a caer sobre la carne y se convirtieran en pequeñas manchas blancas, pues Alejandrino había descubierto que ese era el único sacramento efectivo para despojarse de las culpas cuando la ira del mundo se volcara sobre los honores. Por eso Flor del Carmen había comenzado a barrer, no las hebras y las polvorientas hojas de los árboles que el viento pudiera haber metido como noticias por debajo de las puertas, sino las culpas que pudieran haber tiradas por ahí, al descuido; y por eso también Roncancio ponía de su parte, en la limpieza, sentándose a orinar el miedo de los muertos e iluminando las sñorsas. De ahí que al mirar a la familia Cañaverál en tanto ajetreo pudiera pensarse que fuera a llegar una visita muy madrugada, pues Flor del Carmen iba y venía arrastrando una escoba vegetal y unos pies limpios recién despiertos, que parecían ir a dos centímetros sobre el suelo, y en donde al mirarlos se podían adivinar las cálidas estaciones que le habrían de llegar a la niña cuando la bata le terminara

de crecer en el pecho y en las caderas, y porque además Roncancio estaba sentado alumbrando, remendando un candelabro de carne hasta donde el viento llegaba a soplar para que se dispusiera el baile de sonros sobre las paredes, cuando llegara la visita. Pero no llegó nadie, porque nadie iba a venir, sino que tan solo era que el sueño del viejo Alejandrino hablaba de lluvias diluviales por los lados de San Jerónimo de los Vientos; por eso era obligatorio asomarse al río para ver si el agua traía la leña de la ruina con que se habría de colocar de nuevo la paz sobre los tejados del pueblo. Pero primero había sido necesario limpiar las propias culpas.

Desde que Eleuterio disgustó con su padre se fué a vivir a la loma de los sustos, con una mujer más vieja que él pero menos triste, pues es como si los años le sirvieran a ella para convertir la desesperanza en una sonrisa cálida, y el caminar pateando cáscaras y papeles en un asunto importante por hacer. En cambio Eleuterio tuvo siempre la propiedad del silencio, desde pequeño. Por eso necesitaba una mujer que le llenara de bulla el corazón, para que el eco de sus propias palabras continuara sonando en sus momentos de soledad y le hiciera caer en la cuenta que aún estaba vivo, aunque fuera para tener el valor de sentarse en uno de los barrancos de la loma de los Sustos y ponerse a mirar el horizonte de los entejados de la ciudad, con los párpados mojados con el sudor que le fuera capaz de exprimir el sol. Sin embargo, Eleuterio y su padre Alejandrino se veían en la calle, a pesar del disgusto que los había llenado de lejanías. Entonces se ponían la mano en el hombro, como si se tuvieran lástima, y se interrogaban por las cosas de la vida de cada uno, tomando café en cualquier tienda que se tropezaran por ahí puesta en una esquina. Era como si la

disputa que hubo de determinar la separación de Eleuterio y su padre no hubiera sido sino el pretexto de aquel para poderse ir solo a vivir sus propias interioranzas, al lado de una mujer sonora que hablaba a los gritos, como si el interlocutor estuviera plantado al otro lado de un río imaginario. Por eso cuando Eleuterio sacó para siempre el talego con la cobija y la ropa, y cuando después volvió por Roncador, el gato que había comprado con sus propios recursos, nadie sintió que se le estuviera abriendo una herida en ninguna parte, pues en ese pueblo a los hijos se les llegaba el momento de irse, como a las frutas; sólo que se tenían que llenar de ingratitudes con sus padres para que el éxodo tuviera una razón de ser y nadie pudiera por eso venir a decir cosas contra el padre, por mal padre, o contra el hijo, por mal hijo.

Aquella madrugada Alejandrino fué a buscar a Eleuterio. Aún llovían vasi-jas del río y por la Loma de los Sustos chorreaba el agua con tanta fuerza hacia adelante. Era la obligación que tenía de ir hasta el río a recoger la leña suficiente para que pudiera llegar la paz sobre las lluvias diluviales que habían sumergido a San Jerónimo de los Vientos, pueblo del cual ya no se alcanzaba a ver sino las burbujas que soltaban los muertos y las tejas, como si el agua estuviera hirviendo y el pueblo fuera una sopa inmensa. Pero Alejandrino no quería ir solo hasta el puente que se tendía sobre el río, sino que quería que su hijo Eleuterio vigilara los peligros que podía correr. Por eso llegó hasta la puerta de su hijo y llamó repetidamente hasta que escuchó unos quejidos, inicialmente, para después decir «quién es?». Entonces, después que Alejandrino conversó sus propias voces, de manera que Eleuterio lo pudiera conocer, la puerta se abrió para que el viejo pudiera entrar, y se metió hasta el

apoyado con un pedazo de aguacero prendido entre sus ropas, pues a la media hora de estar conversando aún chorreaba sobre el piso goteras inmensas, como si el viejo tuviera nacimientos propios de agua.

Vengo para que me acompañes hasta el río; dijo Alejandrino, y las goteras le caían entre la boca mientras hablaba, ahogándole la voz, como si estuviera comiendo y conversando al mismo tiempo. Entonces Alejandrino le contó a Eleuterio los motivos por los cuales tenía que ir hasta el río, y Eleuterio prefirió regresar hasta la cama, de tal manera que cuando el viejo terminó su relato y abrió los ojos se encontró con que estaba sólo en medio del charco de agua que él mismo había construido, de tanto chorrear, mientras su hijo hacía latir un corazón recién dormido que no era capaz de sentir compasión por los muertos que flotaban sobre los árboles de la plaza de San Jerónimo de los Vientos, con las bocas llenas de hojas y de aguas diluviales.

Mucho tiempo atrás el padre Rodello había mandado reparar la campana mayor. Eso fue cuando se acercaron las primeras celebraciones de las fiestas del dulce nombre.

(Revista *El sueño de Medusa* págs. 62 a 68)

La carrera de Jr. López, alias el Vara

José Roberto Cea

-¿Qué le pasaría al Vara López?

-Mal repentino, de esos que vos no sabés como te llegan.
De momento los sentía y te ponen para el tigre.

-¿Lo veremos?

-¿Al Vara?

-Sí.

-Claro que sí, pero tenemos que esperar a su hermano Julio para que nos dejen entrar.

Eran dos amigos del corredor José Raúl López, que estaban en la esquina sur del Parque Bolívar esperando a su hermano. Ese era el punto de referencia que tenía el grupo interesado en el atletismo; todos los días se juntaban en ese lugar para correr el estado, dar tres vueltas en la pista interior, luego en la parte exterior del estado y enfilarse hasta la Alameda Roosevelt al punto de partida. Todos los días, mañana y tarde el corredor López hacía su habitual recorrido, se entrenaba para participar en el Maratón Santiago. Quería triunfar ante corredores centroamericanos que ya habían confirmado su participación en la competencia de ese año.

A los amigos de López no les pasaba lo sucedido. Estaban anonadados. Desde antes de la carrera habían hecho planes para celebrar el triunfo: encargaron donde la niña Coyo de Santa Anita, los mejores pavos pecho ancho y las gallinas más

gordas, el amigo panadero les había prometido el pan; todo el barrio, de alguna manera, iba a participar en el agasajo al triunfador.

La mañana de la carrera, López se levantó como de costumbre a calentarse, realizó sus movimientos de calistenia y algunas poses yogas para estar en forma a la hora de la competencia. Luego de tomar un vaso de jugo de naranja, sacó sus zapatos y se los midió por centésima vez; comprobó que le quedaban bien con las calcetas nuevas que le habían regalado en el Almacén Siglo XXI, con su viñeta negra alrededor de una franja dorada, visible cuando estaba quieto, cuando corría solamente se distinguía un manchón y un relumbrón dorado. Una vez que confirmó la comodidad de su pie metido en aquellas calcetas y zapatos, hizo un movimiento de correr, pero se quedó parado, otro movimiento igual y luego dio unos saltos movilizand los brazos para relajar el cuerpo. Se sintió bien. Se quitó los zapatos, revisó el pantalorcillo, la camiseta y los puso en su maletín que le habían regalado en el Almacén Mike-Mike. Cuando recibió ese regalo apareció en todos los periódicos diciendo que eran los mejores maletines del mundo. Los zapatos eran nuevos y también los había recibido como obsequio por aparecer en la televisión diciendo que los Coscos eran los mejores zapatos del mundo y por eso mismo iba a ganar el Maraton Santiago.

López era un joven que se dejaba impresionar. La noche antes de la carrera no había salido de su casa, apenas escuchó radio y miró televisión. Dedicó la mayor parte de su tiempo a poner discos y a descansar en una hamaca de pitas azules, rojas, anaranjadas y verdes. Cuando lo buscaron unos señores que su madre y hermano apenas conocían, les dijo que dijeran que

ya estaba dormido y que no lo molestaran, que con ellos dejaran el recado o lo que fuera. Así es que su madre y hermano no le dijeron nada esa noche sino hasta la mañana siguiente, el mero día de la carrera. Cuando se lo comunicaron, él apenas podía creerlo, pero era tal su agitación por estar pronto en la mesa de inscripciones para confirmar su participación, que no le quedó tiempo de discutir con sus familiares la propuesta de aquellos señores. Su madre le dijo que no cabía de contenta. Su hermano se lo comunicó a los compañeros de barra y unos dijeron que estaba bien, otros comentaron que no, que hay que veria el Vara López si lo hace, que eso no iba a servirle, que no ganaría. El hermano les argumentó que sí ganaría porque era el partido oficial quien lo proponía y eso le aseguraba el triunfo, además él haría mucho bien al deporte desde allí. Aquí no gana el oficialismo, siempre pierde porque nadie se deja engañar, además no dejan hacer nada, esos quieren al Vara para que les jale gente, nada más -respondieron los opositores. Otros dijeron que todo eso estaba mal, que ellos no se metían en nada. Otros, que cada quien sabe lo que hace y el Vara López ya estaba grandecito, ya había corrido mundo y tenía que seguir corriendo, sobre todo ahorita que empezaba lo bueno. Se escuchó: ¡atención! ¡listos! Callaron y buscaron posición para ver la partida de los competidores. Sonó el disparo de salva y empezó la marcha de los 22 kilómetros en una pista que forma el número 8, así: la meta de salida es frente a la Alcaldía Municipal, de donde los atletas parten por la Calle Morazán, la 6a. Avenida Norte, toman la Troncal del Norte siguen por ésta hasta el empalme con la Avenida Paleca, regresan por esta última hasta la Placita, doblan por la Calle Morazán hasta la Troncal del Norte, luego siguen por la Calle

5 de Noviembre, toman por la Avenida Juan Bertis hasta la Placita para tomar nuevamente por la Calle Morazán, pasan por la meta que es el punto de partida y repiten el recorrido. Tres vueltas a esa pita completan los 22 kilómetros del maratón.

Plas plas plas plas plas plas plas plas sonaban las pisadas en las primeras cuadas y así continuaron hasta que llegaron a la pendiente de la Troncal del Norte, donde algunos corredores quedaron rezagados. López iba al frente con un grupo de 10. Todos se pateaban los talones. En algunos trechos alguien se adelantaba pero luego era alcanzado por el grupo que seguía compacto. Una hora después de empezada la carrera, aquel grupo de diez se había reducido a cuatro. López entre ellos. Los vehículos de los jueces y sus acompañantes así como los camarógrafos y periodistas, se adelantaban un poco para tomar fotografías y verlos acercarse hacia donde estaban ellos. Cuando pasaban el grupo que se perfilaba como ganador, abordaba sus vehículos, los seguían, se adelantaban y otra vez tomaban fotografías y anotaban algo...

Los amigos del Vara López seguían esperando a su hermano Julio para hacer la visita al hospital donde aquel estaba recobrándose.

-Este se ha tardado más de la cuenta, ya debería estar aquí.

-¿No le habrán avisado?

-Cómo no, Manuel pasó y le dijo que aquí lo esperábamos. Julio está como nosotros: quiere saber qué le paso al Vara, nadie se esperaba esa cuestión estando tan cerquita de la meta.

-En la radio dijeron que apenas 20 metros.

-Eso son mentirosos, faltaban más.

-No muchos, creo que como 30 metros.

-No, creo que más.